

PARÁBOLAS É HISTORIAS

LXII.—PARÁBOLAS

1. El Bienaventurado pensó: «He enseñado la verdad, que es excelente en el comienzo, excelente en el medio, y excelente á la conclusión; que es gloriosa en su espíritu y gloriosa en su letra. Pero sencilla como es, el pueblo no puede comprenderla. Yo debo hablar su lengua, debo adaptar mis pensamientos á sus pensamientos. Los hombres se asemejan á los niños y gustan de oír cuentos; por esto les diré historias á fin de explicarles la gloria del Dharma. Si no pueden comprender la verdad en los argumentos abstractos por los que la he conquistado, la podrán, al menos, asirla si se les explica por parábolas.

LXIII.—LA CASA INCENDIADA (1).

1. Un riquísimo padre de familia poseía una gran casa, pero vieja; sus paredes estaban carcomidas, sus pilares podridos y el techo muy seco é inflamable. Y sucedió que un día sintió olor á fuego. Salió precipitadamente de la casa y la vió abrasada por las llamas, y se asombró de horror,

(1) Fuente: *Dhammapada* chino III.

pues amaba tiernamente á sus hijos y sabía que ignorando el peligro jugaban dentro de la morada.

2. Alocado, el padre pensó: ¿Qué hacer? Los niños son ignorantes y es inútil advertirles el peligro. Si voy á salvarles huirán, y aun salvando á uno, perecerán los otros. «De pronto, se le ocurrió una idea: «Mis hijos gustan de los juguetes, pensó, si les prometo unos magníficos, me escucharán».

3. Y entonces empezó á gritar: «Niños, venid á ver la gran fiesta que os he preparado. Aquí hay juguetes para vosotros, como nunca los habéis visto. Pronto, ¡que si no será tarde!»

4. Y he aquí, que los niños salieron á escape de entre las ruinas. La palabra juguetes les había herido en su espíritu. Entonces, el buen padre, en su alegría, les compró los más preciosos juguetes, y cuando vieron la casa destruída comprendieron la buena intención de su padre, y loaron la sabiduría de su salvador.

5. El Tathagata sabe que los niños del mundo aman el falso brillo de los placeres mundanos, y les describe la bondad de la justicia, esforzándose también en salvar sus almas de la perdición, y les dará los tesoros espirituales de la verdad.

LXIV.—EL CIEGO DE NACIMIENTO (1)

1. Había un ciego de nacimiento que decía: «No creo en el mundo de luz y de apariencias. No hay colores, brillos ni sombras. No hay sol, ni luna, ni estrellas. Nadie ha visto esas cosas.»

(1) Fuente: *Dhammapada* V.

2. Sus amigos le contestaban, pero él seguía firme en su opinión. «Lo que pretendéis ver, respondía, no son sino ilusiones. Si los colores existiesen, yo los podría tocar. No tienen substancia y no tienen realidad.»

3. En aquel entonces vivía un médico que fué llamado cerca del ciego; mezcló cuatro simples y le curó de su enfermedad.

4. El Tathagata es el médico, y los cuatro simples son las cuatro excelentes verdades.

LXV.—EL HIJO PERDIDO (1)

1. Una vez, el hijo de un padre de familia, se fué á una región apartadísima, y mientras el padre acumulaba riquezas, el hijo llegaba á la pobreza. Buscando éste cómo vivir y vestirse, llegó hasta el país donde vivía su padre. Y cuando el padre le vió en la abyección, astroso y desmoralizado por la miseria, ordenó á algunos de sus criados que fueran á buscarle.

2. Cuando el hijo vió el palacio donde le llevaban, se dijo: «He debido hacerme sospechoso á algún gran señor y me van á encarcelar», y lleno de aprensión huyó antes de ver á su padre.

3. Entonces el padre envió mensajeros á buscarle, y fué cogido y conducido á pesar de sus lloros y lamentos. El padre ordenó á los criados que le tratasen con dulzura, y encargó á un artesano de la misma casta y educación, que le emplease en sus dominios. Y el hijo fué dichoso en su nueva situación.

(1) Fuente: *Dhammapada* chino IV. Compárese Luc. II.

4. Por la ventana de su palacio el padre vigilaba á su hijo, y cuando vió que era un hombre honrado y trabajador, le dió un empleo más elevado.

5. Al cabo de muchos años, le hizo volver á su casa, reconocer por todos sus servidores y le reveló su secreto. Entonces el pobre hombre se sintió extremadamente dichoso y se llenó de júbilo por recobrar á su padre.

6. Poco á poco, los espíritus de los hombres deben ser preparados para las más altas verdades.

LXVI.—EL PEZ ATOLONDRADO (1)

1. Había entre los discípulos del Buddha un bhikshú, que á duras penas podía reprimir sus sentidos y sus pasiones; de suerte que resolvió abandonar la orden y fué hacia el Bienaventurado pidiendo le dispensara los votos. Entonces el Bienaventurado, dijo al bhikshú:

2. «Ten cuidado, hijo mío, de no ser presa de las pasiones de tu ciego corazón, porque yo veo que en las existencias precedentes, has sufrido muchísimo las funestas consecuencias de la lujuria, y si no has aprendido á vencer tus deseos sexuales en esta vida, te perderás por tu propia locura.

3. Escucha la historia de otra existencia que has vivido como pez.

4. Ese pez nadaba alegremente con su compañera en el río. Aquella, nadando adelante, distinguía en seguida las mallas de una red, y deslizán-

(1) Fuente: *B. B. Stories* 211, 299; *Panchatantra* II. 58.

dose alrededor escapó al peligro; pero él, ciego por el amor, se lanzó violentamente en su persecución y cayó en la redada. El pescador recogió su red, y el pescado—que se quejaba amargamente de su suerte, diciendo: «Este es evidentemente el fruto de mi locura»—hubiera de seguro perecido si un Bodhisatva que acertó á pasar y comprendió el lenguaje del pez, no sintiera piedad por él. Compró el pobre sér y le dijo: «Pececito mío, si no te veo hoy habrías perdido la vida. Yo te salvo, pero en adelante no peques más». Y diciendo estas palabras echó el pescado al agua.

5. Utiliza el tiempo de la gracia que se te ofrece en tu existencia presente, y aparta el dardo de la lujuria, pues si no dominas tus sentidos, te llevará á la pérdida.»

LXVII.—LA CRUEL GARZA ENGAÑADA (1)

1. Un sastre, que suministraba por lo general las ropas para la congregación, tenía la costumbre de engañar á sus clientes y vanagloriábase por ello de ser más listo que los demás hombres. Pero un día, habiendo concertado un negocio importante con un extranjero, dió con un maestro de fraudes y sufrió una gran pérdida.

2. Y el Bienaventurado dijo: «No es este un acontecimiento único en el destino de este codicioso sastre, en otras encarnaciones ha sufrido reverses parecidos y al procurar engañar á los demás se ha perdido finalmente á sí mismo.

3. Ese mismo insaciable individuo ha vivido,

(1) Fuente: *B. B. Stories* 315.

muchas generaciones antes de esta, bajo la forma de una garza que había elegido casa cerca de un estanque. Cuando llegó la época de la sequía dijo á los peces: «¿No estáis inquietos por vuestra suerte futura? Ahora hay poquísima agua, acaso menos de la que hace falta, para alimentaros en este estanque. ¿Qué será de vosotros si por esta sequía se seca por completo?

4. Es verdad, dijeron los peces ¿qué será de nosotros?

5. La garza replicó: Yo conozco un lago hermoso que jamás se seca. ¿No os agradaría que os llevase en el pico hasta él?» Y como los peces comenzasen á dudar de la honradez de la garza, les propuso enviar uno de éstos á que viese el lago. Una gruesa carpa se arriesgó á correr la aventura en beneficio de todos y la garza la llevó á un lago magnífico y la volvió sana y salva entre sus congéneres. Desvaneciéronse entonces las dudas en los peces y se tornó en una loca confianza en la garza que se los llevó uno á uno del estanque, yendo á devorarlos sobre un magnífico árbol, de esos que llaman varanas (1).

6. En el estanque hallábase también un cangrejo, y cuando devorados todos los peces, la garza sintió ganas de comérselo, le dijo: «He transportado todos los peces á un lago hermosísimo, ¿quieres que te lleve á tí también?»

7. «¿Pero, cómo me agarrarás para llevarme?» preguntó el cangrejo.

8. «Te llevaré en el pico» dijo la garza.

(1) *Crataeva Roxburghii*.

9. «Me dejarás caer si me llevas así. No quiero que me laves», replicó el cangrejo.

10. «No tengas miedo, respondió la garza; te llevaré seguro todo el camino.»

11. Entonces el cangrejo se dijo: «Cuando esta garza coje un pez, á buen seguro que no le deja ir al lago! Sin embargo, si me llevase realmente al lago, sería magnífico; pero si me falta la cortaré el cuello y la mataré. «Luego dijo á la garza: «Vamos, amiga mía, no serás capaz de sostenerme bien, pero nosotros los cangrejos tenemos una buena mano. Si me dejas agarrarte por el cuello con mis pinzas iré á gusto contigo.»

12. Y la garza, que no vió que el cangrejo trataba de engañarla, consintió; de suerte que el cangrejo se agarró á su cuello con sus pinzas tan sólidamente como un par de tenazas y gritó: «¡Adelante; en marcha!»

13. La garza llevándole le enseñó el lago, pero luego se dirigió al varana. «Amiga mía, exclamó el cangrejo, el lago está por aquí, y tú me llevas por otro lado.»

14. La garza respondió: «¿Qué crees? ¿Crees que soy tu padre? ¿Quieres decirme, me figuro, que soy tu esclavo encargado de llevarte por los aires y transportarte donde quieras? Pues mira, tiende la vista sobre ese montón de raspas de pescado al pie del árbol. De la misma manera que me he comido esos peces hasta el último, te voy a devorar á tí.»

15. «¡Ah!, esos peces se han dejado comer por su estupidez, pero yo no estoy dispuesto á dejarme matar. Al contrario, yo soy el que va hacerte

perecer, porque en tu locura no has adivinado que te engañaba. Si yo muero, moriremos juntos, porque yo te corto la cabeza y la hago caer sobre el verde!» Y diciendo esto, apretó con sus pinzas el cuello de la garza, por vía de aviso.

16. Entonces, aleteando, con lágrimas en los ojos y temblando ante la muerte, la garza le suplicó diciendo: «¡Oh mi señor! En verdad que no he pensado en comerte: concédeme la vida.»

17. «¡Muy bien! Baja, pues, y depositame en el lago,» respondió el cangrejo.

18. Y la garza volvió hacia atrás y se detuvo al borde del lago para dejar al cangrejo sobre el limo de la orilla; pero el cangrejo cercenó la cabeza de la garza tan propiamente como se cortarían un tallo de loto con un cuchillo de caza, y enseguida entró en el agua!»

19. Cuando el Maestro acabó este discurso, añadió. «No es hoy sólo cuando ese hombre ha sido engañado, sino en otras vidas lo ha sido igualmente y de la misma manera».

LXVIII.—CUATRO CLASES DE MÉRITO (1)

1. Un rico tenía la costumbre de invitar á los brahmanes vecinos á ir á su casa y, dándoles ricos regalos, ofrecía grandes sacrificios á los dioses.

2. Y el Bienaventurado dijo: «Aunque un hombre ofrezca todos los meses un millar de sacrificios y haga ofrendas sin cesar, en nada iguala al que un sólo instante ha fijado su espíritu en la verdad.»

(1) Fuente: *Dhammapada chino*, 88, 89.

3. Y el Buddha que el mundo adora continuó: «Hay cuatro clases de ofrendas: primeramente, cuando los dones son grandes y el mérito pequeño; segundo, cuando los dones son pequeños y el mérito grande; tercero, cuando los dones son grandes y los méritos también; y cuarto, cuando los dones y los méritos son igualmente débiles.»

4. El primer caso es el del hombre hundido en el error que quita la vida á los seres con el fin de hacer sacrificios á los dioses, acompañados de libaciones y de festines. Aquí, los dones son grandes, pero el mérito es, en verdad, muy pequeño.

5. Los dones son débiles y el mérito igualmente cuando por codicia ó mezquindad un hombre guarda para sí una parte de lo que tiene intención de sacrificar.

6. El mérito es grande, al contrario, aunque el don sea débil, cuando un hombre ofrenda por amor y con el deseo de aumentar en sabiduría y en bondad. (1)

7. En fin, el don y el mérito son grandes, cuando un hombre rico, con espíritu desinteresado y con la sabiduría de un Buddha, dona y funda instituciones por el mayor bien de la humanidad, á fin de iluminar á los hombres sus hermanos y de subvenir á sus necesidades.

LXIX.—LA LUZ DEL MUNDO (2)

1. Había en Kosambí un brahama, amigo de discutir y profundamente versado en los Vedas.

(1) Fuente: *Dhammapada chino*. Compárese *MAH.* XII, 42, 44.

(2) Fuente: *Dhammapada chino* 49. Recuérdese á Diógenes y su linterna.

Como no encontraba nadie que juzgase su igual en las discusiones, tenía la costumbre de llevar en la mano una antorcha encendida; y cuando se le preguntaba el por qué de tan extraña cosa, respondía: «Es tan tenebroso el mundo, que llevo esta antorcha, á fin de iluminarlo cuanto esté en mi poder.»

2. Un sramana sentado en la plaza del mercado oyó esas palabras y le dijo: «Amigo mío, si eres ciego hasta el extremo de no ver la luz esparcida por todas partes durante el día, no es eso una razón para decir que el mundo está en la tiniebla. Tu antorcha nada añade á la gloria del sol y tu buena intención de iluminar los espíritus de los demás es tan fútil como presuntuosa.»

3. Entonces el brahama le preguntó: «¿Y dónde está el sol de que hablas?» Y el sramana respondió: «La sabiduría del Tathagata es el sol del alma. Su brillo resplandece día y noche y aquellos que tengan fe sólida no le faltará luz en el camino del Nirvana, donde obtendrás una eterna felicidad.»

LXX.—UNA VIDA DE LUJO (1)

1. Mientras el Buddha predicaba su ley para la conversión del mundo, en Sravasti, un rico que padecía grandes males fué hacia él, y suplicándole le dijo: «Buddha, que adora el mundo, perdona mi falta de respeto si no te saludo como debiera, porque estoy demasiado incómodo por la obesidad, por la plétora, el atontamiento y otros achaques, de

(1) Fuente: *Dhammapada chino*, 134.

tal modo, que no puedo moverme sino con dificultad.»

2. Y el Tathagata, viendo el lujo de que estaba rodeado aquel hombre, le preguntó: ¿Deseas conocer la causa de tus males? Y cuando el hombre manifestó tal deseo, el Bienaventurado dijo: «Hay cinco cosas que producen el estado que padeces: las comidas excesivas, el dormir demasiado, el amor al placer, el abandono y la falta de ocupación. Modera tus comidas, proporcióname deberes que ejerciten tu capacidad y que te hagan útil para los demás, y si sigues mi consejos, prolongarás tu vida.»

3. Siguió el rico los consejos del Buddha y poco tiempo después recobró su ligereza corporal y un vigor juvenil; y fué nuevamente hacia Aquel que adora el mundo, á pie y sin escolta, y le dijo: «Maestro, has curado mis males físicos, pero vengo ahora á buscar luz para mi alma.»

4. Y el Bienaventurado dijo: «El mundano nutre su cuerpo, pero el sabio nutre su alma. El que se goza en la satisfacción de sus apetitos, trabaja para su propia destrucción; pero el que va por el camino encontrará al mismo tiempo que la salvación de su alma la prolongación de su vida.»

LXXI.—EL REPARTO DE LA DICHA (1)

1. Annabhara, esclavo de Sumana, fué á segar hierba al prado, cuando vió un sramana que mendigaba su comida con un cuenco en la mano; entonces, arrojando al suelo su gavilla de hierba,

(1) Fuente: *Vie ou legende de Gaudama*, 107.

corrió á su casa y volvió trayendo el arroz que le habian dado para su alimento.

2. El sramana comió el arroz, y animó á Annabhara con palabras de exhortación religiosa.

3. El hijo de Sumana, que vió la escena por una ventana, gritó: «¡Bien, Annabhara; eso está bien hecho!»

4. Ya habiendo oído estas palabras Sumana, preguntó qué querían decir, é informado de la devoción de Annabhara y de las palabras de exhortación que había recibido del sramana, fué hacia su esclavo y le ofreció dinero para participar de la bendición, recompensa de la ofrenda.

5. «Mi amo, dijo Annabhara, permítidme interrogar antes á ese venerable religioso.» Y acercándose al sramana le dijo: «Mi amo me pide que divida con él la bendición de la ofrenda que os he hecho al daros mi ración de arroz. ¿Es conveniente que la divida con él?»

6. El sramana contestó por medio de una parábola diciendo: «En una aldea de cien casas había sólo una luz encendida. Fué entonces un vecino y encendió su lámpara, y del mismo modo la luz fué comunicada de casa en casa, acrecentándose la luz en la aldea. Así también la luz de la religión puede extenderse sin que pierda nada el que la comunica. Extiende, pues, la bendición de tu ofrenda. Compártela.»

7. Annabhara volvió á casa de su amo y le dijo: «Te ofrezco, señor, una parte de la bendición de mi ofrenda. Dignate aceptarla.»

8. Sumana la aceptó y quiso dar á su esclavo una cantidad de dinero, pero Annabhara respon-

dió: «Señor, si aceptara dinero, parecería que te vendía mi parte. Una bendición no puede venderse; yo te ruego que la aceptes como un don.»

9. Y el amo dijo: «Hermano Annabhara, desde este día eres libre. Mirame como un amigo y acepta este presente como una señal de mi amistad.»

LXXII.—EL LOCO DESPREOCUPADO (1)

1. Había un rico brahman, bastante viejo, que sin pensar en lo perecedero de las cosas terrestres y contando con una vida dilatada, estaba construyéndose una gran casa.

2. El Buddha envió á Ananda á preguntar á aquel rico por qué construía una casa con tantas habitaciones, y que le predicase las cuatro excelentes verdades y el óctuple sendero de la salvación.

3. El brahman enseñó su casa á Ananda y le explicó el destino de sus numerosos cuartos; pero no escuchó la explicación de las enseñanzas del Buddha.

4. Ananda dijo: «Es costumbre de los locos decir: Tengo hijos y soy rico. El que habla así no está en sus cabales. ¿Cómo puede pretender poseer hijos, riquezas y esclavos? Muchísimas son las preocupaciones de los mundanos, pero no saben nada de las vicisitudes que les reserva lo porvenir.»

5. Apenas había salido Ananda, cuando el viejo, herido de un súbito ataque apoplético, murió. Y el Buddha dijo, para instrucción de los dispues-

(1) Fuente: *Dhammapada chino*, 77. Compárese *Luc.*, XII, 20.

tos á aprender: «Un loco, aunque viva en compañía de sabios, no comprende nada de la verdadera doctrina, como la cuchara no gusta del sabor de la sopa. Cree que no hay nada más que él y descuida las advertencias de los buenos consejeros y es incapaz de libertarse.»

LXXIII.—EL SOCORRO EN EL DESIERTO (1).

1. Un discípulo del Bienaventurado, lleno de celo y fervor religioso por la verdad, habiendo hecho voto de meditar en la soledad, cayó en un momento de debilidad y pensó: «El Maestro ha dicho que había diferentes clases de hombres; yo debo pertenecer á la más baja, y temo que en esta existencia no haya camino ni fruto para mí. ¿De qué sirve vivir en el bosque, si no puedo adquirir con mis constantes esfuerzos el conocimiento de la meditación que me he propuesto?» Y entonces abandonó su retiro y volvió á Jetavana.

2. Y cuando sus hermanos le vieron, le dijeron: «Has hecho mal en pronunciar un voto y renunciar luego á cumplirle». Y le llevaron ante el Maestro.

3. Y cuando el Bienaventurado les vió llegar, dijo: «Veo, ¡oh, mendicantes!, que me traéis aquí á un hermano contra su voluntad. ¿Qué ha hecho?»

4. Señor, este hermano, después de haber hecho voto de santificar su fe de una manera, ha renunciado á hacerlo y ha vuelto con nosotros.»

5. Entonces el Maestro le dijo: «¿Es cierto que has renunciado á tu tarea?»

(1) Fuente: *B. B. Stories*, 147.

6. «Es verdad, ¡oh, Bienaventurado!», respondió.

7. El Maestro le dijo: «Tu vida actual es un tiempo de gracia. Si dejas ahora de alcanzar el estado feliz, sentirás remordimientos por ello en las futuras existencias; ¿Cómo es, hermano, que te encuentras tan irresoluto? Tú, que en vidas anteriores has tenido tanta resolución. Por tu sola energía los hombres y los bueyes de cinco mil carros consiguieron agua en el desierto y se salvaron. ¿Cómo es que ahora renuncias á tu tarea?»

8. Por estas breves palabras, el hermano volvió á su resolución; pero los demás suplicaron al Bienaventurado, diciendo: «Señor, decidnos cómo fué eso».

9. «Escuchad, pues, ¡oh, mendicantes!», dijo el Bienaventurado; y despertando su atención reveló un acontecimiento oculto en el cielo de los renacimientos.

10. «En los tiempos en que Brahmadata reinaba en Kasí, nació un Bodhisatva en una familia de comerciantes, y cuando fué mayor se dedicó al comercio con cinco mil carros.

11. Y un día llegó al límite de un desierto muy largo. Era tan fina la arena de aquel desierto, que si uno cogía un puñado de ella no podía guardarla. Y tan pronto como salía el sol se tornaba tan cálida como un ascua de carbón, de tal modo, que ningún hombre podía andar. Por eso los que habían de atravesarlo llevaban consigo madera, agua, aceite y arroz en sus carros, y viajaban durante la noche. Al salir el sol acampaban, extendían su tienda, y después de comer pasaban la jor-

nada á la sombra. Cuando el sol declinaba cenaban, y ya caído el sol, arreglaban los bueyes y emprendían la marcha. El viaje asemejábase á una navegación sobre el mar, era menester tomar un piloto del desierto que guiase á la caravana á buen puerto por su conocimiento de las estrellas.

12. En una ocasión, nuestro comerciante atravesaba el desierto de ese modo, y cuando hubo andado unas cincuenta leguas, pensó: «Ahora después de una noche de camino saldremos del desierto», y después de cenar hizo arreglar los carros, y empezó la marcha. El práctico, echado en las almohadas del primer carro, miraba las estrellas y dirigía la marcha del convoy; pero rendido por la falta de descanso durante tan larga ruta, se durmió, y no observó que los bueyes se volvieron, y tornaron á andar el camino andado.

13. Los bueyes caminaron toda la noche. Al despuntar el alba, el práctico despertó, y observando las estrellas, gritó: «¡Alto! ¡Detened los carros!» El día parecía detenerse y ordenar en líneas los carros. Entonces los hombres exclamaron: «Pero, ¡si este es el mismo campamento que dejamos ayer! La leña y el agua se han acabado. ¡Estamos perdidos!» Y desuniciendo los bueyes se echaron desesperados en los carros. Pero el Bodhisatva que estaba allí, dijo: «Si nos falta valor nos perderemos»; y exploró los alrededores, pues aún era fresca la mañana, y notando olor de causo pensó: «Esta hierba no puede vivir sino absorbiendo un poco de agua que debe estar bajo nosotros.»

14. Entonces ordenó á sus servidores traer un pico y cavar en aquel sitio. Cavaron unos sesenta

codos, y cuando llegaron á esa profundidad, dieron con una roca, y tan pronto como la sintieron, abandonaron su trabajo desesperados. Pero el Bodhisatva pensó: «Debe haber agua bajo la roca», y descendiendo llegó hasta la piedra, se inclinó, aplicó el oído y oyó ruido. Y habiendo sentido el ruido del agua debajo, salió y llamó á su servidor. «Oye, si nos abandonas ahora, todos nos perdemos. No desmayes. Toma este martillo de hierro, baja al pozo y golpea fuerte sobre la piedra.

15. El criado obedeció, aunque todos estaban desesperados, y descendió lleno de confianza. Hirió la roca, y dividida la piedra, no obstruyó la corriente. El agua se alzó entonces hasta la altura de una palma. Y bebieron y se bañaron, cocieron el arroz, alimentaron á las bestias, y cuando el sol descendió pusieron una señal en el pozo. Vendieron sus mercancías con beneficio, y regresaron á sus casas, y cuando murieron transmigraron, según sus acciones. El Bodhisatva hizo presentes y otras acciones virtuosas y transmigró, según sus obras.» (1)

16. Después que acabó su historia, el Maestro añadió luego como conclusión: «El jefe de la caravana era el Bodhisatva, el Buddha futuro; el servidor que en esa época no desesperó, sino que rompió la roca y procuró agua á la multitud, era ese hermano sin perseverancia; y los otros eran los discípulos del Buddha.»

(1) Fuente: *B. B. Stortes*. Compárese Exodo, XVII, 6.

LXXIV.—EL BUDDHA SEMBRADOR (1).

1. El rico brahman Bharadvaja celebraba su sacrificio de acción de gracias por la cosecha, cuando el Bienaventurado, con su cuenco de limosna en la mano, fué á mendigar su alimento.

2. Algunos del pueblo le manifestaban respeto; pero el brahman estaba colérico y dijo: «¡Oh sramana!, más te valdría trabajar que mendigar. Yo he labrado y sembrado, y cuando he labrado y sembrado, como. Si tú haces lo mismo, también tendrás qué comer.»

3. Entonces el Tathagata, dirigiéndose á él, le dijo: «¡Oh brahman!, yo también labro y siembro, y después de labrar y sembrar, como.»

4. «¿Pero pretendes tú ser un labrador?, replicó el brahman. ¿Entonces, dónde están tus bueyes? ¿Dónde tienes la semilla y el arado?»

5. Y el Bienaventurado dijo: «La fe es el grano que yo siembro: las buenas obras son la lluvia que la fertilizán; la sabiduría y la modestia son el arado; mi espíritu es la rienda que guía; mi manera es la ley; el celo el aguijón de que me sirvo; el esfuerzo es mi buey de tiro. Y este laboreo hácese para destruir las malas hierbas de la ilusión. La cosecha que produce es la vida inmortal del Nirvana, y así se terminan todos los dolores.»

6. Y entonces el brahman vertió el arroz y la leche en un plato de oro, y lo ofreció al Bienaventurado diciendo: «Que el Maestro de la humanidad se digne aceptar este poco arroz con leche, porque

(1) Fuente: *Sutta Nipata*, 11-15. Compárese MAT., XIII, 3; MAR., IV, 14.

el venerable Gotama labra una labor que lleva el fruto de la inmortalidad.»

LXXV.—EL PARIA (1)

1. Cuando el Bhagavat residía en Sravasti en el jardín de Jetavana, tomó un día su cuenco y salió á mendigar su comida, y se aproximó á la casa de un sacerdote brahman, en el momento en que el fuego del sacrificio brillaba sobre el altar. Entonces el sacerdote le dijo: «Quédate ahí, ¡oh tonsurado!; miserable sramana, tú eres un paria.»

2. Y el Bienaventurado replicó: «¿Qué es un paria?»

3. El paria es el hombre colérico y odioso; el hombre malvado ó hipócrita, el que se apega al error y practica el engaño.

4. Quienquiera que sea provocador y avaro; el que tenga deseos culpables, el que es envidioso, perverso, desvergonzado; el que no teme cometer pecado, ese debe ser reconocido como paria.

5. No es el nacimiento lo que hace paria, ni es el nacimiento lo que hace brahman. Las obras hacen al paria, las obras hacen al brahman.»

LXXVI.—LA MUJER DEL POZO (2)

1. Ananda, el discípulo preferido del Buddha, yendo de misión por mandato del Señor, acertó á pasar cerca de uno de los pozos de una aldea, y

(1) Fuente: *Sutta Nipata*, 20.

(2) Fuente: *Introduction à l'histoire du Bouddhisme indien*. E. Burnouf, 205. Compárese JUAN, V, 5.

viendo á Prakriti, una joven de la casta matanga, le pidió de beber.

2. Prakriti dijo: «¡Oh brahman!, yo soy muy humilde y muy despreciable para darte de beber; no pidas ningún servicio de mí, no vaya á manchar tu santidad, porque soy de baja casta.»

3. Y Ananda respondió: «Yo no te pido tu casta, sino el agua.» Y el corazón de la joven matanga palpitó de gozo y dió de beber á Ananda.

4. Y Ananda le dió las gracias y se fué; pero ella le siguió alguna distancia.

5. Y habiendo sabido que Ananda era discípulo de Gotama Sakyamuni, la joven fué á buscar al Bienaventurado, y llorando le dijo: «¡Oh Señor!, apiádate de mí y permíteme vivir donde habite tu discípulo Ananda, á fin de que pueda verle y servirle, porque yo amo á Ananda.»

6. Y el Bienaventurado, comprendiendo las emociones de su corazón, dijo: «Prakriti, tu corazón está lleno de amor; pero tú no comprendes tus propios sentimientos. Tú no amas á Ananda, sino su bondad. Recibe, pues, la bondad que le has visto practicar, y á tu vez, en la humildad de tu estado, ejércela con los otros.

7. En verdad, hay un gran mérito en la generosidad de un rey cuando es bueno respecto de sus esclavos; pero hay un mérito mayor todavía en el esclavo que sufre, olvidando sus males y cultivando en sí mismo la bondad y la buena voluntad por la humildad entera. Cesará de odiar á sus opresores, y hasta, incapaz de resistir á su usurpación, tendrá piedad de su arrogancia y de su fiera actitud.

8. Bendita seas, Prakriti, porque, aunque perteneczas á la casta matanga, tú serás un modelo para las grandes y nobles damas. Eres de casta inferior, pero los brahmanes reciben de tí una lección. No te apartes del camino de la justicia y de la rectitud y tú resplandecerás la gloria real de las reinas sobre su trono.»

LXXVII.—EL PACIFICADOR (1)

1. Cuéntase que una vez hubo dos reyes que estuvieron á punto de declararse la guerra, disputando la posesión de un dique.

2. Y el Buddha, viendo los reyes y sus ejércitos prontos á combatir, les rogó que le explicasen la causa de su querrela. Y habiendo oído las quejas de ambas partes, dijo:

3. «Comprendo que ese dique tenga valor para alguno de vuestros objetos; ¿pero tiene algún valor intrínseco además del servicio que puede proporcionar á vuestras gentes?»

4. «No tiene ningún valor intrínseco», le respondieron; y el Tathagata continuó: «Sin embargo, si guerreáis, es cierto que un gran número de vuestros soldados morirán, y vosotros mismos, ¡oh reyes!, ¿no os arriesgáis á perder la vida?»

5. Y ellos respondieron: «En verdad, es cierto que morirán muchos hombres, y que nosotros mismos arriesgamos nuestras vidas.»

6. «La sangre de los hombres, dijo el Buddha, ¿tiene, pues, menos valor que un pedazo de tierra?»

(1) Fuente: *Manual of Budism*, 317-319.

7. «No, dijeron los reyes; la vida de los hombres está sobre todo y las vidas de los reyes son inapreciables.»

8. Entonces el Tathagata dijo como conclusión: «¿Y entregaríais al azar cosa de valor inapreciable contra lo que no tiene valor intrínseco.»

9. La cólera de los dos monarcas se apaciguó y llegaron á un acuerdo pacífico.

LXXVIII.—EL PERRO HAMBRIENTO (1)

1. Hubo una vez un rey que oprimía á su pueblo y que era odiado de sus súbditos; sin embargo, cuando el Tathagata fué á su reino, el rey deseó vivamente verle; de suerte que fué donde el Bienaventurado estaba sentado, y le dijo: «¡Oh Sakya-muni! ¿puedes predicar al rey un sermón que á la vez que alegre su espíritu le sea provechoso?»

2. Y el Bienaventurado dijo: «Voy á contarte la parábola del perro hambriento:

3. Había una vez un tirano cruelísimo. El dios Indra, bajo la forma de un cazador, descendió á la tierra con el demonio Matali; éste, afectando la forma de un perrazo terrible. El cazador y el perro entraron en el palacio, en el cual el perro se puso á aullar tan lastimosamente, que el real edificio, á su voz, se conmovía hasta sus cimientos. El tirano hizo conducir hasta su trono al cazador, y le preguntó la causa de tan terrible ladrido. El cazador dijo: «Ese perro tiene hambre.» En seguida, asustado el rey, ordenó que le diesen de comer. Toda la comida preparada para el festín real des-

(1) Fuente: *Jatakas*.

apareció rápidamente en las quijadas del perro, que aullaba siempre de una manera terrible. Se buseó más comida, y todos los graneros reales estaban vacíos. Desesperado el tirano, entonces preguntó: «¿No hay nada que pueda satisfacer el apetito de esta horrible bestia?» «Nada, respondió el cazador, como no sea la carne de todos sus enemigos.» «¿Y quiénes son sus enemigos?» preguntó con angustia el rey. El cazador respondió: «El perro ladrará mientras haya hambrientos en el reino; sus enemigos son esos que ejercen la injusticia y oprimen á los pobres.» El opresor del pueblo, acordándose de sus malas acciones, sintió remordimientos, y por primera vez en su vida comenzó á escuchar las lecciones de la justicia.»

4. Y al acabar este cuento, el Bienaventurado, dirigiéndose al rey, que estaba pálido, le dijo:

«5. El Tathagata afina los oídos espirituales de los poderosos; si tú oyes aullar al perro, ¡oh rey!, piensa en las enseñanzas del Buddha, y podrás aprender todavía á calmar al mónstruo.»

LXXIX.—EL DÉSPOTA (1)

1. El rey Brahmadata vió por casualidad una mujer preciosísima, esposa de un mercader, y concibiendo por ella una gran pasión, mandó esconder secretamente una joya en el carruaje del mercader. Noticiöse la desaparición de la joya, se la buscó, y se la encontró también. El mercader fué encarcelado por robo. El rey pareció escuchar con gran atención su defensa; pero luego, con un fin-

(1) Fuente: *Jatakas*.

gido disgusto, ordenó la muerte del mercader y la reclusión de su esposa en el harem real.

2. Brahmadata resolvió presidir en persona la ejecución, porque esos espectáculos ordinariamente le agradaban; pero como el condenado mirase con profundísima piedad á su infame juez, un relámpago de la sabiduría del Buddha iluminó el espíritu del rey obscurecido por la pasión, y cuando el ejecutor alzó la espada para el golpe fatal, Brahmadata sintió que el alma del mercader entraba en su propio ser, y se figuró que se veía á sí mismo sobre el tajo. «¡Alto, verdugo!, exclamó Brahmadata; que vas á matar al rey.» Era tarde; el verdugo había cumplido ya su sangriento oficio.

3. El rey se desvaneció, y cuando volvió en sí, se había operado un cambio en él. Había dejado de ser el déspota cruel que fuera antes, y llevó en adelante una vida recta y santa.

4. ¡Oh vosotros que matáis y robáis! El velo de Maya os cubre los ojos. Si pudiéseis ver las cosas como son, y no como se ofrecen, no os infringiríais males ni dolores en vuestra propia alma. No véis que espiaréis vuestras culpas, porque lo que sembráis recogeréis.

LXXX.—VASAVADATA (1).

1. Había en Mathura una cortesana llamada Vasavadata, y ocurrió que viendo á Upagupta, uno de los discípulos del Buddha, un gallardo y buen mozo, sintió por él un amor violento. Y envió al joven un recado para que fuese á verla; pero éste

(1) Fuente: *Introduction à l'histoire du Bouddhisme*, 146.

le respondió: «No ha llegado aún el tiempo en que Upagupta debe ir á ver á Vasavadata.»

2. Extrañada la cortesana de la respuesta, envió á llamarle otra vez, diciendo: «Vasavadata, desea el amor, y no el dinero de Upagupta.» Pero Upagupta dió la misma respuesta enigmática, y no fué.

3. Algunos meses más tarde, Vasavadata tenía una intriga con el jefe de los artesanos. Por entonces llegó á Matura un rico mercader, que se enamoró de Vasavadata; y viendo ésta que aquél era riquísimo, temiendo los celos de su otro amante, resolvió matar al jefe de los artesanos, y ocultar su cuerpo bajo un montón de estiércol.

4. Y como el jefe de los artesanos no parecía, sus amigos le buscaron, y hallaron su cadáver. Vasavadata compareció entonces ante los jueces, y fué condenada á que la cortasen las orejas, la nariz, las manos, los pies, y á ser arrojada después en un cementerio.

5. Y como Vasavadata había sido una mujer apasionada, pero buena para sus servidores, una de sus criadas la siguió, y por amor á su ama la asistió en su agonía, y la guardó de los cuerpos.

6. Y entonces llegó el tiempo en que Upagupta se decidió á ir á ver á Vasavadata.

7. Cuando llegó, la pobre mujer ordenó á su sierva reunir sus esparcidos miembros y ocultarlos bajo un lienzo. El la saludó con bondad, pero ella le atajó con violencia: «Cuando este cuerpo estaba perfumado como el loto, yo te ofrecí mi amor; entonces estaba cubierto de perlas y de mu-

selina riquísima, ahora estoy mutilada por el verdugo, llena de suciedad y de sangre.»

8. «Hermana, dijo el joven, no me trae el placer hacia tí; vengo para darte una belleza más maravillosa que todos los encantos que has perdido.

9. He visto por mis propios ojos caminar al Tathagata sobre la tierra y enseñar á los hombres su milagrosa doctrina. Pero tú no hubieras escuchado las palabras de verdad cuando estabas rodeada de tentaciones, cuando estabas bajo el encanto de la pasión y tenías sed de placeres. No habrías escuchado las lecciones del Tathagata, porque tu corazón estaba extraviado y cifrabas tu confianza en la impostura de tus pasajeros encantos.

10. Las bellezas de una forma adorable son pérfidas é inducen á las tentaciones que para tí han sido tan fuertes. Pero hay una belleza que no se marchita, y por poco que atiendas á la doctrina de nuestro Señor, el Buddha, alcanzarás esa paz que jamás habrías obtenido en el mundo insaciable de los placeres culpables.»

11. Vasavadata se calmó, y un goce espiritual endulzó las torturas de su dolor corporal; porque para los grandes tormentos, hay también grandes felicidades.

12. Ella se refugió en el Buddha, en el Dharma y en el Sangha, y murió con piadosa resignación bajo el castigo de su crimen.

LXXXI.—LAS BODAS DE JAMBUNADA (1)

1. Había en Jambunada un hombre que debía casarse por la mañana, y pensó: «¡Si el Buddha, el Bienaventurado pudiera asistir á mi matrimonio!»

2. Y el Bienaventurado, pasando ante su casa, le encontró, y leyendo en el corazón del novio su silencioso deseo, consintió en entrar.

3. Cuando el Santo apareció con el cortejo de sus numerosos bhikshús, el huésped, que no era rico, les recibió lo mejor que pudo, diciendo: «Que mi Señor y toda su congregación coman, según su deseo.»

4. Mientras los santos hombres comían, los dulces y las bebidas no disminuían. Entonces el huésped pensó: «¡Qué maravilla es esta! ¡Habría tenido bastante para todos mis parientes y amigos! ¿Por qué no los habré invitado?»

5. Y mientras este pensamiento se formulaba en el corazón del huésped, todos sus parientes y amigos entraron en la casa, y aunque la habitación era pequeña, hubo sitio para todos. Y se pusieron á la mesa y comieron y hubo más de lo que era menester para todos.

6. Satisfecho el Bienaventurado de ver tantas gentes llenas de alegría, las vivificó y regocijó con las palabras de verdad, proclamando la felicidad de la virtud:

7. «La mayor dicha que puede imaginarse un mortal es el lazo del matrimonio, que une dos corazones que se aman. Pero hay una dicha más grande todavía: es la posesión de la verdad. La

(1) Fuente: *Fu-pen-hing-tsi-king*. Trad. de S. Beal.

muerte separará al esposo de la esposa; pero la muerte no separará nunca al que se despose con la verdad.

8. Por esto, casaos con la verdad y vivid con la verdad en santa unión. El marido que ama á su mujer y que aspire á una unión perdurable, debe serle fiel hasta el extremo de parecerse á la verdad misma; entonces ella descansará sobre él, le respetará y le servirá. La mujer que ama á su marido y que aspire á una unión eterna, debe serle fiel hasta el extremo de parecerse á la verdad misma; él pondrá su confianza en ella, la honrará y proveerá sus necesidades. En verdad, yo os digo que su matrimonio será santo y feliz; sus hijos se parecerán á sus padres y serán un testimonio de su dicha.

9. Ningún hombre permanezca solo, cátese cada uno con un santo amor á la verdad. Entonces, aunque Mara, el destructor, venga á disolver las formas visibles de vuestro ser, continuaréis viviendo en la verdad y tendréis una parte de la vida eterna, porque la verdad es eterna.»

10. Y no hubo uno entre los asistentes que no se afirmase en su vida espiritual y que no comprendiese la dulzura de una vida de virtud. Y todos se refugiaron en el Buddha, en el Dharma y en el Sangha.

LXXXII.—LA BUSCA DE LOS LADRONES (1)

1. Habiendo enviado de misión á sus discípulos, el Bienaventurado fué de pueblo en pueblo hasta que llegó á Uruvilva.

(1) Fuente: *Mahavagga*, I-14.

2. Y en su camino se detuvo, sentándose en un bosque para descansar. Y ocurrió que en el mismo sitio unos treinta amigos se divertían con sus mujeres, y mientras tanto una parte de sus bienes les fué robada.

3. Todo el grupo se puso á perseguir á los ladrones, y encontrando al Bienaventurado sentado bajo un árbol, le saludaron diciéndole: «Perdón, Señor: ¿habéis visto pasar á unos ladrones con lo que nos han quitado?»

4. Y entonces el Bienaventurado dijo: «¿Qué vale más para vosotros, buscar los ladrones ó buscaros vosotros mismos?» Los jóvenes dijeron: «Buscarnos nosotros.»

5. «Bien, dijo el Bienaventurado; entonces sentaos y voy á predicaros la verdad.»

6. Y todos ellos se sentaron y escucharon ávidamente las palabras del Bienaventurado. Y recibiendo la verdad, glorificaron la doctrina y se refugiaron en el Buddha.

LXXXIII.—EN EL REINO DE YAMARAJA (1)

1. Erase un brahman, religioso y acendrado en sus afectos, pero de escasa ciencia, que tenía un hijo que prometía ser muy inteligente, pero que cuando apenas cumplió los siete años de edad enfermó y le arrebató la muerte. El infortunado padre, incapaz de moderarse, cayó sobre el cuerpo de su hijo y permaneció sobre él como muerto.

2. Los parientes acudieron para sepultar al niño, y cuando el padre volvió en sí, de tal modo

(1) Fuente: *Dhammapada chino*, 130.

estaba abrumado por el dolor, que hubieron de conducirlo como una persona atontada. No volvió á llorar, pero vagando por los contornos preguntaba por el camino que lleva á la residencia de Yamaraja, rey de la muerte, á fin de pedirle humildemente que devolviese á su hijo á la vida.

3. Y llegando el hombre á un gran templo brahmánico, el infelicísimo padre desempeñó ciertos ritos y se durmió. Soñó, y en su sueño empezó á vagar por un profundo desfiladero entre montañas, donde encontró muchas sramanas en posesión de la suprema sabiduría. «Buenas gentes, dijo, ¿podrían indicarme dónde se halla la residencia de Yamaraja?» Y ellas le preguntaron: «¿Para qué necesitáis saberlo?» Entonces él contó sus cuitas y explicó sus intenciones. Y sintiendo piedad por su error, los sramanas le dijeron: «Ningún mortal puede entrar en el reino de Yamaraja, pero á unas cuatrocientas millas de aquí, hacia el oeste, hay una gran ciudad, en la que viven muchos buenos espíritus; cada ocho días del mes Yama visita esa ciudad, y podrás ver al rey de la muerte y pedirle la gracia que deseas.»

4. Contento el brahman por lo que había oído, se dirigió á la ciudad y la encontró tal como se la describieron los sramanas. Llegó á la presencia de Yama, el rey de la muerte, quien le dijo, al conocer su deseo: «Tu hijo vive ahora en el jardín oriental, donde se divierte; ves allí y dile que te siga.»

5. Satisfechísimo el padre, preguntó: «¿Cómo es posible que sin haber cumplido actos meritorios viva ahora mi hijo en el paraíso?» Yamaraja

respondió: «Ha obtenido la felicidad celeste, no por sus buenas acciones, sino porque ha muerto en la fe y en el amor de nuestro Maestro, el glorioso Buddha. El Buddha ha dicho: «El corazón, poseído de amor y de gran fe, si puede decirse así, extiende una sombra bienhechora del mundo de los hombres al mundo de los dioses. Y esta gloriosa palabra es como la impresión del sello del rey sobre un edicto real.» (1)

6. El dichoso padre fué inmediatamente al jardín oriental, donde vió á su querido hijo jugando con otros niños, todos transfigurados por la paz de la existencia feliz de la vida celeste. Corrió hacia su hijo y exclamó llorando: «Hijo mío, no me reconoces; soy tu padre, que te cuidó con tanta solicitud cuando estuviste malo. Vente conmigo á la tierra de los vivos.» Pero el niño, luchando por reunirse con sus compañeros de juego, reprimiéndole por servirse de expresiones tan extrañas como las de padre é hijo. «En mi condición presente, dijo, no entiendo tales palabras, porque estoy emancipado de todo amor.»

7. Entonces el brahman partió. Y cuando despertó de su sueño pensó en el Bendito Maestro de la Humanidad, el gran Buddha, y resolvió ir á verle, descargar su pena y buscar un consuelo.

8. Y llegando al jardín de Jetavana, el brahman contó su historia, y, como su hijo, rehusó conocerle y volver con él á su casa.

9. Entonces, aquel que el mundo adora, le dijo: «En verdad te has ilusionado tú mismo. Cuando

(1) Fuente: *Buddaghosha's parables*, 16.

un hombre muere, su cuerpo se resuelve en sus elementos, pero su espíritu no se encierra en ninguna tumba. Hay una vida más elevada, en la que las palabras padre, hijo y madre tampoco existen exactamente, como el huésped que abandona su albergue, como si fueran cosas del pasado. Los hombres se preocupan mucho de lo que no dura; pero el fin de la existencia llega pronto como un torrente de fuego y se lleva en un instante todo lo transitorio. Los hombres aseméjense á un ciego que estuviese encargado de cuidar de una lámpara. El sabio comprende la duración pasajera de los parentescos del mundo, destruye la causa del disgusto y escapa al hirviente torbellino del dolor. La ciencia religiosa eleva al hombre por encima de las penas y de los placeres del mundo y le da la paz eterna» (1).

10. Y el brahman pidió al Bienaventurado entrar en la comunidad de sus bhiskshús, á fin de adquirir esa sabiduría celeste, única que puede dar consuelo al corazón afligido.

LXXXIV.—EL GRANO DE MOSTAZA

1. Ocurrió una vez que un rico, que se encontró de pronto su oro transformado en carbón, se metió en la cama y renunció á probar alimento; y habiendo sabido un amigo suyo que estaba malo, fué á verle y le hizo contar la causa de sus penas. Entonces, el amigo le dijo: «Tú no has hecho buen uso de tu opulencia. Cuando tú amontonaste tu

(1) Fuente: *Dhammapada chino; A Brief account of Shin-shiu*, por R. Akamatsu. — Compárese MAT. XXII, 30.

oro no valía más que el carbón. Ahora escucha un consejo: Extiende tus tapices en el bazar, los llenas de carbón y anuncias su venta.»

2. El rico hizo lo que su amigo le dijo, y cuando sus vecinos le preguntaban: «¿Por qué vendes carbón?», él respondía: «Es que pongo en venta mis bienes.»

3. Algún tiempo después, una joven llamada Krisha Gotami, huérfana y muy pobre, pasó por allí, y viendo al rico en el bazar, le dijo: «¿Señor mío, es que vendéis también esas pilas de plata y oro?»

4. Y entonces el rico dijo: «¿Queréis hacerme el favor de darme ese oro y esa plata?» Krisha Gotami cogió un puñado de carbón, y he aquí que se transformó en oro.

5. Reconociendo el rico que Krisha Gotami poseía el ojo mental del conocimiento, y que veía el valor real de las cosas, la casó con su hijo, diciendo: «Para muchas gentes no vale el oro más que el carbón; pero con Krisha Gotami el carbón se transforma en oro.»

6. Krisha Gotami tuvo un hijo; pero ese niño murió. En su dolor, llevaba el niño muerto á todas las vecinas, pidiendo un remedio, y las gentes decían: «Ha perdido la razón. El niño está muerto.»

7. Por fin, Krisha Gotami encontró uno que respondió á su súplica: «Yo no puedo darte un remedio para el niño; pero conozco un médico que podrá dártelo.»

8. Entonces ella dijo: «Yo te conjuro á que me digas qué señor es ese.» Y el hombre respondió: «Ve á buscar á Sakyamuní, el Buddha.»

9. Krisha Gotami fué cerca del Buddha, y exclamó, llorando: «Señor, nuestro Maestro, dame el remedio que curará á mi niño.»

10. El Buddha respondió: «No hace falta más que un grano de mostaza.» Y como en su gozo la joven prometiese procurárselo, el Buddha añadió: «Ese grano de mostaza debe proceder de una casa donde no se haya perdido un niño, un esposo, un pariente ó un amigo.»

11. La pobre Krisha Gotami fué, pues, de casa en casa. Las gentes tenían piedad de ella, y la decían: «He ahí el grano de mostaza; tómalo.» Pero cuando preguntaba: «¿Habéis perdido en tu familia un hijo ó una hija, un padre ó una madre?» La respondían: «¡Ay, los vivos son pocos, pero los muertos son muchos! No despertéis nuestro dolor.» Y no encontró una sola casa en la que algún ser amado no hubiese muerto.

12. Cansada y desesperada, Krisha Gotami se sentó al borde del camino, contemplando al ojo de las luces de la ciudad, que, amortiguándose, se extinguió luego. Las sombras se esparcieron después por todas partes. Entonces pensó en el destino del hombre, cuya vida se amortigua y extingue, y se dijo á sí misma: «¡Qué egoísta soy en mi dolor! La muerte es la suerte común. Sin embargo, en este valle de desolación hay un camino que conduce á la inmortalidad al que destierra todo egoísmo.»

13. Y rechazando el egoísmo de su amor por su hijo, Krisha Gotami enterró su cadáver en el bosque; luego fué hacia el Buddha, tomó refugio en él, y encontró su consuelo en el Dharma, el bálsa-

mo que alivia todas las penas de los corazones lacerados (1).

14. Y entonces el Buddha dijo:

15. «La vida de los mortales sobre la tierra está trastornada, traspasada y alterada por el dolor. Pues no hay medio para los que han nacido de evitar la muerte; tras la vejez viene la muerte; así lo quiere la naturaleza de los seres vivos.»

16. Así como los frutos maduros están en peligro de caer, así los mortales, desde que nacen, están expuestos a la muerte.

17. Así como las vasijas de barro del alfarero acaban por romperse, así ocurre con la vida de los hombres.

18. Los jóvenes y los adultos, los locos y los sabios, todos caen al poder de la muerte; todos están sometidos a ella.

19. Entre aquellos que, aterrados por la muerte, abandonan la vida, el padre no puede salvar su hijo, ni los parientes a sus parientes.

20. ¡Ved! Mientras los parientes miran y se lamentan con amargura, ya uno, ya otro mortal es llevado como un buey que va al matadero.

21. Así el mundo está afligido de muerte y de ruina, y por eso no se desconcierta el sabio, porque conoce las leyes del mundo.

22. La manera como se piensa que perecerá una cosa, difiere de cómo perecerá por fin, y el contratiempo es grandísimo. ¡Ved: tales son las leyes del mundo!

23. Y no es llorando ni desolándose como se ad-

(1) Fuente: *Buddaghsha's parables*, 98.

quiere la paz del espíritu; al contrario, se acrecentará el dolor y sufrirá el cuerpo. Enfermará uno, palidecerá, y, sin embargo, la muerte no se remediará por las lamentaciones.

24. Los hombres mueren, y después de su muerte su destino está regulado según sus actos.

25. Que viva un hombre cien años, ó que viva menos, siempre acabará por separarse de la compañía de sus parientes y abandonar la vida de este mundo.

26. Aquel que busca la paz debe arrancar de su herida la flecha de la lamentación, de la queja y del disgusto.

27. El que ha arrancado la flecha de su herida y se ha calmado, obtendrá la paz del espíritu. El que ha vencido el dolor, se emancipará de todo dolor y será bendecido.» (1).

LXXXV.—SIGUIENDO AL MAESTRO SOBRE EL AGUA (2).

1. Hay al Sur de Sravasti un río grandísimo, profundo y muy ancho, y sobre una de sus orillas se eleva una aldea de quinientas casas. Sus habitantes no habían oído aún la buena nueva, y estaban sumidos en el error de la vanidad del mundo y de las obras egoístas.

2. Pensando en la salvación de los hombres, el Buddha, que el mundo adora, resolvió ir á aquella aldea y predicar al pueblo. En su consecuencia,

(1) Fuente: *S. B. of the E. X.* 106.

(2) Fuente: *Dhammapada chino*, 50-51. Compárese *MAT.* V, 25, 29.

fué sobre el río sentado en un trono, y los aldeanos, viendo la gloria de su persona, se aproximaron a él con respeto; pero cuando se puso á predicarles no le creyeron.

3. Y cuando el Buddha, que el mundo adora, abandonó Sravasti, Sariputra resistió el deseo de ver al Señor y de oírle predicar. Llegó hasta el borde del río, cuyas aguas eran profundas, y muy violentas, y se dijo: «Este río no será un obstáculo para mí. Iré, y veré el Bienaventurado.» Y yendo sobre el agua, se aproximó al Maestro, y le saludó.

4. Los aldeanos sorprendiéronse al ver á Sariputra, admirando que hubiese pasado el río por donde no había puente ni barca, y que hubiese podido andar sobre el agua sin hundirse.

5. Y Sariputra dijo: «Yo he vivido en la ignorancia hasta que oí la voz del Buddha, y porque estoy ávido de oír la doctrina de salvación, he atravesado el río y he podido ir sobre las agitadas aguas, porque llevaba la fe. La fe, y nada más que la fe, me ha hecho capaz de obrar así, y ahora soy feliz en la presencia del Maestro.»

6. Y el que el mundo adora dijo: «Sariputra, has dicho bien. Una fe semejante á la tuya puede salvar al mundo del abismo terrible de la transmigración y hacer aptos á los hombres para pasar á pie enjuto á la otra orilla» (1).

7. Entonces el Bienaventurado demostró á los aldeanos la necesidad de ir siempre adelante para vencer el dolor y desembarazarse de todas las ca-

(1) Fuente: *Dhammapada chino*. Compárese Epis. AD ROM, III, 28.

denas, á fin de atravesar el río del apego mundano y obtener la emancipación de la muerte.

8. Y oyendo las palabras del Tathagata, los aldeanos se llenaron de gozo, y confiando en las doctrinas del Bienaventurado, alcanzaron las cinco reglas y se refugiaron en su nombre.

LXXXVI.—EL BHIKSHÚ ENFERMO (1)

1. Un anciano bhikshú, de natural orgulloso, estaba afligido por una enfermedad repugnante, y su aspecto y su dolor eran tales, que nadie quería aproximarse ó asistirle en su desgracia. Pero ocurrió que el que el mundo adora, fué al monasterio donde estaba aquel pobre hombre, y sabiendo que estaba allí, ordenó preparar agua caliente y fué al cuarto del enfermo, y limpiando con sus propias manos las llagas del paciente, dijo á sus discípulos:

2. «El Tathagata ha venido al mundo, á fin de asistir á los pobres, de socorrer á los abandonados, de nutrir á los de cuerpo enfermizo, sean fieles al Dharma ó sean incrédulos; á dar vista á los ciegos é iluminar los espíritus de aquellos que están en el error, á sostener los derechos de los huérfanos y de los viejos, haciéndolo así para ejemplo de los demás. Esta es la consumación de su obra, y así alcanza el gran fin de la vida, como el río que entra en el Oceano.»

3. Y aquel que el mundo adora asistió todos los días al bhikshú mientras estuvo en aquel lugar. El gobernador de la ciudad fué hacia el Buddha

(1) Fuente: *Dhammapada chino*, 94-98.

para honrarle, y habiendo oído hablar de la obra que hacía en el monasterio, interrogó al Bienaventurado acerca de las existencias anteriores del monje enfermo. Y el Buddha dijo:

4. «Hubo una vez un rey malísimo que tenía la costumbre de violentar cuanto podía á sus súbditos; un día mandó á uno de sus oficiales que azotase á un hombre de rango elevado. Poco cuidado de la pena que afligía al otro, el oficial obedeció; pero como la víctima de la cólera real pidiese gracia, sintió compasión y pegó muy débilmente. Luego el rey renació en la persona de Devadata, que fué abandonado por sus adictos porque no querían soportar su severidad, y murió miserable y lleno de remordimientos. El oficial es el bhikshú enfermo, que habiendo frecuentemente ofendido á sus hermanos en el monasterio, fué abandonado sin asistencia en su desgracia. El hombre de alto rango que pidió gracia era el Bodhisatva, renacido en la persona del Tathagata. Y ahora á mi vez me toca asistir á estedesgraciado, puesto que tuvo piedad de mí.»

5. Y entonces el que el mundo adora pronunció estas gathas: «El que hace mal al débil ó acusa falsamente al inocente, será castigado con diez grandes calamidades. Pero el que ha aprendido á sufrir con paciencia, será purificado y será el instrumento escogido para el alivio del dolor.»

6. Y el bhikshú enfermo, al oír esas palabras, se volvió hacia el Buddha, confesó el mal natural de su carácter, se arrepintió, y con el corazón purificado de pecado, rindió homenaje al Señor.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

LXXXVII. — LAS CONDICIONES DE PROSPERIDAD (1)

1. En el tiempo en que el Bienaventurado residía cerca de Rajagriha, sobre la montaña llamada el Pico de Buitre, Ajatasatra, que había sucedido á Bimbisara como rey de Magadha, meditaba un ataque contra los vrijis, y dijo á Varchakara, su primer ministro: «¡Quiero exterminar los vrijis y aniquilarlos por completo! Vamos, ahora ve hacia el Bienaventurado é infórmate en mi nombre de su santidad y dile mi designio. Acuérdate bien de lo que el Bendito te diga, á fin de repetírmelo, porque los Buddhas no dicen nada que no sea verdad.»

2. Cuando Varchakara, el primer ministro, hubo saludado al Bienaventurado y cumplido su mensaje, el venerable Ananda se puso detrás del Bienaventurado y le abanicó, y el Señor le dijo: «¿Has oído decir, Ananda, que los vrijis celebran reuniones públicas y frecuentes?»

3. «Señor, lo he oído decir», respondió Ananda.

4. «Haciendo tanto tiempo, Ananda, que los vrijis tienen esas asambleas públicas, completas y

(1) Fuente: *Maha-parinibhana Suttanta*, I.